

---

# Las máscaras de la cultura

Fernando R. Lafuente

En un tiempo repleto de ahora.

WALTER BENJAMIN

El debate sobre el curso de la cultura enciende la llama de la polémica y procura fijar un territorio que se desvanece y se desborda en los tiempos presentes. Dos posiciones, por resumir, se deshacen en la contienda. Por un lado, la visión tradicional de acotar el espacio cultural a las artes y las letras, postulado que, desde la Edad Media, ha permanecido inmutable con algunas decisivas incorporaciones a lo largo de los siglos y que hoy se ve amenazada; por otro, una visión surgida en la segunda mitad de la centuria anterior que extiende la idea de cultura a la antropología y que colocaría el hecho cultural como la suma de múltiples actividades de una sociedad determinada, de modo que la nómina de lo genuinamente cultural se ampliaría hasta el contorno de todo el territorio. Vendría a ser muy semejante al viejo cuento de Borges en que el monarca le pide al cartógrafo real un mapa del reino, que este dibuja y presenta. Pero como al rey le parece insuficiente, debe am-

pliar la escala una y otra vez, sin que el monarca se dé nunca por satisfecho. Así, de ampliación en ampliación, el mapa llegó a ser tan extenso como el territorio. Si todo es cultura, ha llegado la hora de redefinir y perfilar los contornos de la cultura.

Para el historiador Orlando Figes: «Una cultura no está formada solo por obras de arte o discursos literarios, sino por códigos no escritos, señales y símbolos, rituales y gestos y actitudes comunes que fijan el sentido público de aquellas obras y organizan la vida interior de una sociedad», y de esta manera completa el círculo con las actitudes ante la muerte, las formas de matrimonio, las reacciones ante el paisaje, la gastronomía, los usos sociales, manifestaciones de la conciencia social que están relacionadas con la política y la ideología, con las costumbres, el folclore y la religión, y que él define como los «*bijos invisibles*» que constituyen una cultura y una forma de vida.

A ello se une una cuestión lateral pero de considerables consecuencias: el valor. ¿Quién decide hoy qué es y qué no es cultura? Más aún, otra extendida premisa es que no cabe hablar de valores superiores o inferiores: «Un par de botas de diseño vale tanto como la obra completa de Shakespeare» sería la ocurrencia que ya Alain Finkielkraut señalara como ejemplo de nuevo lugar común en la década de los años ochenta del siglo pasado. En el fondo del asunto latía el paulatino ascenso del relativismo cultural, animado por los «*cultural studies*» que provocaran el lógico rechazo que George Steiner plasmara en su libro *Presencias reales* ante el desmoronamiento del canon (y que motivó también la reacción de Harold Bloom en *El canon occidental*). La deconstrucción, los juegos postmodernos y la irrupción de millones de personas en el otrora distinguido club de la cultura han propiciado la innegable perturbación que se ha introducido en el debate.

Como recuerda Zygmunt Baumann:

Al fin y al cabo la cultura entró en nuestro vocabulario con el significado [...] de antónimo de naturaleza, señalando aquellos rasgos humanos que, en nítido contraste con los pertinaces hechos naturales, son productos, sedimentos o efectos colaterales de las elecciones humanas. Hechos por el hombre pueden en principio ser deshechos por él.

Si la cultura es memoria, la clave de la memoria es el olvido. Lo apunta, no sin cierta ironía melancólica, Umberto Eco:

Lo que llamamos cultura es, en realidad, un largo proceso de selección y filtro. Colecciones enteras de libros, de cuadros, de películas, de cómics, de objetos de arte han sido confinadas, han desaparecido o se han perdido por simple negligencia. ¿Eran lo mejor del inmenso legado de los siglos anteriores? ¿Eran lo peor? En el campo de la creación ¿hemos recogido pepitas de oro o lodo? Aún leemos a Eurípides, a Sófocles, a Esquilo y los consideramos los tres grandes poetas trágicos de la Grecia antigua. Ahora bien, cuando Aristóteles en su *Poética*, dedicada a la tragedia, cita los nombres de sus representantes más ilustres, *no* los menciona. Lo que hemos perdido ¿era mejor, era más representativo del teatro griego que lo que hemos conservado? En este punto ¿quién nos quitará la duda?

La cosa viene de lejos, y lejos está también de solucionarse. Es uno de los temas de nuestro tiempo. La cultura, un concepto hoy expuesto a revisión constante, conoce en estas primeras décadas del siglo XXI una profunda mutación. Alessandro Baricco ha denominado el fenómeno «el arte del surfing» y lo define, como se comentó al hilo de la publicación de su libro *Los bárbaros. Ensayos sobre la mutación*, en términos de saqueo o vaciado de sentido de lo que tradicionalmente se consideró sagrado. Entre las características de esta mutación cultural los comentaristas destacaban una mayor agilidad en la creación y en la fruición; una rápida erosión de las barreras (lo que conlleva una democratización del acceso a la

creación y a la opinión, del disfrute de los bienes culturales por parte de públicos masivos y, por tanto, una lenta desaparición de los «mandarinatos»); un rechazo consciente de la profundidad; una continua rapidez y movimiento en la superficie (de ahí lo del *surfing*); el rechazo del pasado y la sustitución de la verticalidad por la horizontalidad que destruye las fronteras que alguna vez separaron los conceptos de alta y baja cultura. Actores principales de todo ello serían Internet, las redes sociales, los blogs, responsables de una revolución, señala Baricco, comparable a la de Gutenberg. La organización jerárquica del saber ha desaparecido y el lector, el espectador, disponen de un poder de decisión hasta ahora desconocido.

Ya a mediados del siglo XX, el escritor austríaco Heimito von Doderer escribía: «Cuanto más superfluo es lo que se publica, mayor es el interés por leerlo de inmediato.» Y Fermín Bouza, en estas mismas páginas de *Revista de Occidente*, destacó:

Los medios lo han ocupado todo y son parte sustancial del nuevo orden cultural. Lo que no sale en los medios no existe [...] Pero ellos mismos no generan esta nueva cultura basura de la que disfrutamos. Son solo instrumentos de un complejo sistema comercial, de una cierta filosofía espontánea (pesimismo histórico de largas raíces) y de un vasto movimiento sociológico (pérdida de clases comunitarias) que nos lleva, de forma persistente, hacia una banalización tan grande de todo que a veces nos parece que algo sustancial está desapareciendo para siempre.

Para Bouza eso que desaparece para siempre no es sino

un cierto sentido reflexivo de las cosas, como si lo inmediato, el imperio del corto plazo y de la respuesta automática a los hechos fuese la nueva y eficiente filosofía que subyace a cualquier otro aparente planteamiento ideológico; la filosofía de fondo de toda filosofía.

El ya antiguo debate entre apocalípticos e integrados no tiene sentido; las denominadas alta cultura y cultura popular se han mezclado, congeniado, entreverado, confundido, ofuscado. Porque ya no existe la línea clara, rotunda que las separaba. Porque tanto la cultura de masas como la alta cultura dependen de los mercados. Aun cuando en principio vayan dirigidas a públicos distintos y distantes. Las complejidades se multiplican y se proyectan en una sociedad abierta donde lo que se busca es el éxito, el triunfo, lo más rápido posible. Para Lipovetsky asistimos a

un mundo sin fronteras de los capitales y las multinacionales, el ciberespacio y el consumismo (...) fin de la heterogeneidad tradicional de la esfera cultural y universalización de la cultura comercial, conquistando las esferas de la vida social, los estilos de vida y casi todas las actividades humanas (...) la cultura globalizada es un hecho y un interrogante (...) Hipercultura, difunde ríos ininterrumpidos de imágenes, películas, músicas, teleseries, espectáculos deportivos, transforma la vida política, las formas de existencia y la vida cultural, imponiéndole una nueva modalidad de consagraciones y la lógica del espectáculo.

En medio del dramático accidente de un avión de Spanair ocurrido en agosto de 2008 en las pistas del aeropuerto de Barajas, un niño que había sobrevivido, ya en los brazos de su padre, preguntaba ingenuo y asustado, junto al aparato en llamas, en medio de los gritos y la desesperación: «Papá, ¿cuándo termina la película?» Valga esa reacción ante un hecho real espeluznante como ejemplo de cómo se ha construido un imaginario en el que la realidad se confunde con lo virtual. Todo es un juego, todo es efímero, todo pasa en un soplo; además, como en *Matrix*, como en *Total recall*, todo es ficción, virtualidad. Una realidad virtual que requiere espectáculo, diversión, entretenimiento. Todo tiene que ser rápido, divertido, efímero, ocurrente, escandaloso. Un espectáculo sin fin, un circo global. Pero cultura es un término que viene de «cultivo», de

cultivar una formación, una vida, unos placeres y unos momentos, mejor si son lentos y silenciosos, interiores. El problema no es que se haya democratizado la cultura, hecho elogiabile y deseable; el problema es que, por lo que apunta en el horizonte, lo que se ha democratizado es lo vulgar, lo más fácil, sin que por otra parte haya aparecido un nuevo filtro que sustituya a la antigua *auctoritas*; de este modo, la cultura se presenta como un inmenso cartel publicitario (aunque habría que ver si alguna vez fue otra cosa).

*Los mandarines* (*Historia del bosque de los letrados*) es una soberbia novela de sátira literaria escrita por Wu Jingzi (1701-1754). Laureano Ramírez, realizó en 1991 una espléndida traducción y edición anotada, publicada en Seix Barral, en la que recuerda cómo este novelón es «el primero que da al género una dimensión social al dirigir su ataque no contra un individuo o familia, sino contra la estirpe de los letrados». Lo curioso es que, aun cuando el libro se escribiera en la China del siglo XVIII, las descripciones de los tipos que circulan por sus páginas son de una actualidad y cercanía apabullantes. Como dice Ramírez,

[Jingzi] Critica la corrupción, la soberbia del poder, los personajes venidos a más que olvidan sus orígenes, los aduladores seducidos por la posición social, los virtuosos corrompidos por el dinero, la ignorancia en quienes no deberían tenerla, los buscadores de amigos singulares, los falsos letrados, los corrompidos por la gloria.

Los mandarines creaban la opinión, fijaban la creación, actuaban como emisarios y guardianes del emperador en los asuntos referentes a las letras, el más alto honor en la China imperial. Occidente asignó parte de sus funciones a la figura del intelectual, del crítico, del «mandarín» mediático, pero hoy doscientos años de mandarinato dicen adiós, anuncian su ocaso.

Cada cambio de siglo acelera la descomposición de un modelo y la irrupción de otro. Lo ha contado, ejemplarmente, Philip Bloom

en su imprescindible *Años de vértigo*. Las dos primeras décadas del siglo XX determinaron lo que vendría después: la velocidad, el vértigo, el cine, el aeroplano, los coches utilitarios, la radio, la metrópolis (Fritz Lang), los grandes rascacielos arrasaban el esplendor lento y la exquisitez de la decadencia (*La montaña mágica* de Mann). Hoy, nadie cree que no vaya a ocurrir lo mismo. Los nuevos usos culturales superan, e ignoran, la barrera sagrada del mandarín. Los espectadores, los lectores, deciden por sí solos. Parecería como si la geografía cultural se hubiera abierto hasta tal límite que rasga sin remisión la gran muralla de los mediadores. Esta es una de las claves más relevantes. Internet, el 2.0, las pantallas, el teléfono móvil de múltiples aplicaciones, y todo lo que vendrá, cambiarán, están cambiando ya, los espacios y las expresiones, las retóricas y los usos, y, por tanto, las manifestaciones culturales, igual que a finales del siglo XV ocurriera con la imprenta.

Los nuevos territorios interdisciplinares, como han escrito Néstor García Canclini (*Culturas híbridas*), Jean-Pierre Warnier (*La mundialización de la cultura*) o George Yúdice (*El recurso de la cultura: usos de la cultura en la era global*); la interacción de las artes; los movimientos sociales que surgen en los nuevos ámbitos de la comunicación; la abolición virtual de las fronteras y el intercambio que trasciende los géneros conforman ya el nuevo imaginario de la cultura en estos años decisivos de comienzos del siglo XXI. Para Gilles Lipovetsky,

la cultura abarca un territorio más vasto que el de la cultura culta, grato al humanismo clásico. Más allá de la cultura ilustrada y noble, lo que se impone es la cultura extendida del consumo, el individualismo, la tecnociencia, una cultura globalizada que estructura de modo radicalmente nuevo la relación de la persona consigo misma y con el mundo.

Es lo mismo que ocurriera, ya se ha dicho, a comienzos del siglo XX. ¿Qué saldrá de ello? ¿Quién lo sabe? Lo único cierto es que todo apunta al desmoronamiento de un edificio cuajado de normas, cánones, convenciones, modelos, tipologías. Se aspiró a la más absoluta –y legítima, por cierto– libertad de creación, sin adjetivos, ni mandarines, y lo que ahora se presenta a algunos les causa pavor. Siempre que una puerta se cierra, se abre otra. Lo que ocurre es que ahora parece que se abran todas.

Con las limitadísimas excepciones que cada uno quiera señalar, la literatura, agotada en la experimentación de un callejón sin salida, superada la broma postmoderna, se consume en la imitación patética de modelos decimonónicos, incapaz de dar cuenta cabal de una realidad nueva, compleja y abierta; el arte, ebrio de las vanguardias (Gabriel Josipovici, *¿Qué fue de la modernidad?*), deambula ciego, como Tiresias, y hasta el creador más provocativo busca la subvención pública; la música que llaman contemporánea, aislada y ensimismada en una burbuja susurrante, apenas da muestras de su existencia; el cine, embobado por los efectos especiales, la espectacularidad y los relatos infantiloides añora los tiempos de oro, la Arcadia que no volverá. Y, sin embargo, algunos, anónimos e invisibles hoy, ya trabajan en la que será la obra de arte, literaria, cinematográfica que defina este siglo. Sí, «es muy difícil ser contemporáneos de nuestro presente» (Paolo Fabbri), porque no todos habitamos el mismo. Cualquier concepto de cultura es siempre contemporáneo. Describe y muestra los modelos, las intenciones, las obsesiones, las lecturas y las visiones, las pesadillas y los sueños de ese presente, da cuenta de él.

La cultura, hoy, dice adiós a la idea romántica y moderna de unos mandarines que se extinguen porque se extingue el mundo que los creó, se cierne en una búsqueda basada en la decisión personal. Espectacularidad e individualidad componen la ecuación imposible de la cultura en estos días tormentosos e indecisos. ¿Al

desaparecer los mandarines, desaparecerá el inevitable filtro que otorga valor y prestigio? He aquí la gran pregunta. Y una posible respuesta: ese filtro es eterno, desde las primeras piedras de la Acrópolis, desde el discurso de Atenea en la colina del Areópago, al final de *La Orestíada*, el sentido y sensibilidad de una creación artística tendrán siempre su juez y su destino. A mayor auge de la cultura del espectáculo o del espectáculo de la cultura (Vargas Llosa), mayor será la respuesta individual, alejada de cánones y medios. Advertía Umberto Eco que en estos días, alguien que se respete a sí mismo tiene la dignidad suficiente como para no salir nunca en televisión, porque la televisión tizna; pero, al mismo tiempo, si esto no lo dice en un programa de televisión, no existe. ¿Será capaz la cultura de ser contemporánea de su condenadamente complejo presente? Parecería que es ahora cuando el gran teatro de la cultura contemporánea, de tan abierto, permanece más cerrado. Pero esto es solo un espejismo, un último anhelo, un susurro de los viejos mandarines ante su wagneriano ocaso. Las máscaras de la cultura se exhiben en el museo invisible de la memoria. Ahí permanecen como reflejo de un tiempo y unos anhelos idos. Innumerales son los gestos y las expresiones de tales máscaras, sus muecas y sus perfiles: ahora que todo es ahora, y el pasado se crea con cada nueva generación, y el futuro no existe, la cultura se cubre, de nuevo, con una de sus siempre renacientes máscaras. Solo queda un aviso, un deseo y es que sea cual sea el curso que tome, no le ocurra como al poeta que describe Fernando Pessoa, aquel que, de tanto ponerse la máscara, cuando deseó quitársela, con ella se arrancó la cara.

F. R. L.

